

sa con él, tenía permiso para salir, pero no quiso separarse de una prision en donde la encadenaba el amor que profesaba á su padre, y habitaba una sala destinada á las mugeres, con madama de Tourzel, de Saint Brice y la hija de Cazotte. Desde el principio de los asesinatos estaba en el calabozo del tribunal aguardando la comparrecencia de sus padres, protegida por la compasion de los guardas y de los carceleros. Apareció Sombreuil y fué condenado; entonces se abre la puerta, las bayonetas brillan, su hija se lanza en medio de la pieza, se arroja al cuello del anciano, le cubre con su cuerpo y suplica á los asesinos que perdonen á su padre ó que la matasen con el mismo golpe que le hiera á él. Su accion, su sexo, su juventud, sus cabellos sueltos, su belleza aumentada por la emocion de su alma, la sublimidad de su abnegacion y el ardor de sus súplicas, enternecen á los sicarios. Un grito de perdon se levantó de la multitud, las picas se bajan y conceden á la hija la vida de su padre á un horroroso precio. Exigen que en señal de abjuracion de la aristocracia, moje sus labios en un vaso lleno de sangre de aristócratas. La señorita de Sombreuil toma el vaso con mano intrépida, le lleva á su boca y bebe por la libertad de su padre. Esta accion la salva. Todo el mundo se asocia á su alegría, y las lágrimas de los asesinos se confunden con las suyas. ¡Hay ciertas sorpresas de la naturaleza aun en el mas profundo crimen! ¡Hay multitud de abismos en el corazon humano! Los monstruos con los brazos teñidos en sangre, llevan en triunfo á Sombreuil y á su hija hasta su casa, y les juran defenderlos contra sus enemigos.

La hija de Cazotte disputó tambien y salvó la vida de su padre. Cazotte era un anciano de setenta y cinco años. La elevacion de su estatura, la blancura de sus largos cabellos y el fuego de su mirada, bajo unas cejas tambien blancas, le daban el aspecto de un profeta. Tenia la elocuencia y los arrebatos de aquellos, imaginacion alegre

en sus escritos, alma estática en su piedad, y hombre de bien en toda su vida, veia en la revolucion la prueba del fuego, por la cual Dios hacia pasar á los hijos del siglo, para reconocer á los suyos y glorificarlos en el martirio: habia ofrecido su sangre y estaba impaciente porque llegase la hora del sacrificio. Su hija le habia seguido voluntariamente al calabozo. Previendo la mortandad de los presos, habia buscado y encontrado protectores entre los marseleses que los custodiaban. Su tierna juventud, su piedad filial y la amable familiaridad de la jóven, habian domado la aspereza de aquellos hombres, que la habia prometido salvar á su padre y que cumplieron su palabra. Interrogado Cazotte por el tribunal, respondió como quien se obstina en querer morir. «¡Esposa mia, hijos míos, exclamó, no lloreis, no me olvideis tampoco, pero sobre todo acordaos de Dios! Quiero morir como he vivido, fiel á mi Dios y á mi rey.» Su hija, no pudiendo evitar que se obstinase en morir, quiso morir tambien con él.

XIII.

Algunos marseleses compasivos la siguieron al patio, apartaron con las manos los sables y picas levantados contra ella, y la hicieron atravesar por medio de aquel lago de sangre, entregándola su padre y haciéndolos conducir á ambos á un sitio seguro.

Esta gracia no fué sino una moratoria para Cazotte. Vuelto á coger á los pocos dias y puesto en un calabozo, no se le permitió que estuviere con él su hija, para no tener que enternecerse como la vez pasada. Lo que los asesinos no se atrevieron á hacer lo ejecutaron los jueces: Cazotte pereció.

Despues de él murió Thierri, primer ayuda de cámara

ra del rey. «El reconocimiento, le dijo á Maillard, no tiene opinion, mi deber era la fidelidad á mi dueño.» Herido por una pica que le atravesó el pecho, saliendole por la espalda, se apoyó con una mano en un guardaruedas del patio y con la otra levantó el sombrero en el aire haciendo el último esfuerzo para esclamar ¡Viva el rey!

Maille, Rohan-Chavot, el teniente general Wittgenstein, Romanvilliers segundo gefe superior de la guardia nacional del 10 de agosto, los jueces de paz Buob, y Bosguillon, cayeron despues de él. Hubo por entonces entre los asesinos arrepentimientos, precipitaciones, y equivocacion de nombres. Se vió á hombres estraños entrar en el patio, revolver los cadáveres, lavar con esponjas la sangre que cubria sus rostros, reconocerlos, irse consternados ó alegres por haber equivocado ó satisfecho su venganza. En la noche del segundo dia, resonaron algunos gritos de perdon en la calle y en el patio. Los presos que habian quedado olvidados, adquirieron alguna esperanza. Algunos, reunieron lo que tenían de mas valor, y se prepararon á salir. Algunos tiros disparados en el interior de la prision, acompañados de muchos gritos por la gente de fuera, hicieron que varios presos se volviesen á meter en las salas que estaban desocupadas. Aquellos gritos eran causados por los asesinos del joven Montrabray.

Montrabray apenas tenia diez y ocho años, y pertenecia por su familia á la mas distinguida nobleza. Las gracias de su persona y de su edad, y la dulzura de su carácter, hacian que fuese admirado y querido en el ejército. El duque de Brisac le habia nombrado su ayudante de campo. Mr. de Brissac, despues de la muerte de Luis XV, se habia unido de corazon á madama Dubarry tan joven y tan bella aun. Cortesano por amor de esta favorita desterrada, habitaba con ella el pabellon de Lucienne en el bosque de Marly, regalo del rey á su anti-

gua amante. Madama Dubarry, amaba á Montrabray con esa ternura maternal que no se atreve á confesarse á si misma la naturaleza de su sentimiento. Montrabray, herido lijeramente el 10 de agosto, se habia refugiado en Lucienne. El gabinete secreto del palacio, en donde atendia á su curacion, no le conocian mas que madama Dubarry y sus criadas: ella misma curaba la herida del joven militar. Habiendo pedido Audonin, miembro del ayuntamiento, al consejo general un destacamento de doscientos federados para espurgar los alrededores de Paris de los aristócratas que se hubiesen escapado despues del combate, descubrió á Montrabray en el pabellon de Lucienne. Ni el oro, ni las lágrimas, ni las súplicas de madama Dubarry pudieron enternecer á Audonin, que se llevó al joven ayudante en una camilla á la cárcel de la Abadía. Al estruendo de la mortandad, Montrabray que estaba acostado en la sacristia de la capilla, se deslizó de la cama, subiéndose por el cañon de la chimenea hasta el tejado del edificio, suspendiéndose de una fuerte reja de hierro que interceptaba la chimenea. Desde allí oyó por espacio de dos dias y dos noches, sin alimentarse, el tumulto del degüello de las victimas esperando escapar á la muerte por su paciencia: empero el registro denunció la falta de una victima; entonces se acuerdan del herido y lo buscan en vano. El carcelero encargado de la capilla, práctico en los ardidés de los presos, hizo tirar algunos tiros dentro del cañon de la chimenea. Una sola bala hirió á Montrabray rompiéndole una muñeca, teniendo aun el paciente la fuerza necesaria para no dejarse caer, y suficiente valor para callarse: iban ya á desistir, cuando un carcelero trae paja, y la enciende en el hogar de la chimenea: el humo sofocó al herido y cayó sobre la paja encendida: lo llevaron mutilado, quemado, sin sentido y casi muerto á la calle, tendiéndolo en un charco de sangre, y deliberaron en su presençia el género de muerte que le harian sufrir. El desgraciado

jóven, vuelto en sí, permaneció cerca de un cuarto de hora sobre aquella cama de cadáveres, esperando que los degolladores encontrasen y cargasen sus armas. En fin, tuvieron compasion de este desgraciado, y le concluyeron de cinco pistoletazos en el pecho.

Ya no quedaba mas que un preso en la Abadía, que era Mr. de Saint Marc, coronel de un regimiento de caballería. Algunos asesinos convinieron entre sí en prolongar el martirio para que todos tuviesen parte en sus tormentos y en su muerte. Le hicieron pasear lentamente por delante de una fila de sables, economizando los golpes para que no muriese demasiado pronto. En seguida le atravesaron el cuerpo con una lanza, y le obligaron a andar de rodillas, imitando y burlándose de las contorsiones que hacia en estas torturas. Cuando ya no se pudo sostener, le cortaron los manos, la cara y los miembros á sablazos, acabándolo en fin con seis balazos en la cabeza. ¡Hé aqui los hombres que se ocultan en los abismos de incivilizacion cubiertos con tanto lujo y tantas luces! Hay Nerones en todas clases desde el trono hasta la cabaña, refinados en la elevacion; fieros en la bajeza. La afición á derramar sangre es la primera y la última corrupeccion del hombre.

Algunos actos inesplicables ó consoladores admiran, sin embargo, en medio de estos horrores. La compasion de Maillard parecia que buscaba los inocentes con tanto cuidado como su venganza á los culpables: puesto que perdonó á todos los que le dieron el menor pretexto para salvarlos: sea que considerase el asesinato como un deber penoso del que descansaba concediendo algun perdon; sea mas bien que su orgullo se satisficiese concediendo la vida ó sentenciando á muerte; lo cierto es, que prodigó lo uno y lo otro, esponiendo su propia cabeza para disputar algunas vidas á los verdugos. Estos murmuraban con frecuencia en el patio contra su parsimonia en asesinar, llamándola traicion. Muchas veces los dego-

lladores forzaron la puerta del calabozo y amenazaron con los sables al tribunal. Algunos ciudadanos estraños á las victimas se sacrificaron por salvar personas á quienes no conocian sino de nombre. El relojero Monnot se atrevió reclamar al abate Sicar y lo obtuvo en nombre de las miserias del pueblo á las que el fundador del colegio de sordo-mudos, habia consagrado su vida. Varias diputaciones de las secciones intentaron penetrar en la cárcel para reclamar algunos ciudadanos, pero fueron rechazadas. Un puesto de la guardia nacional ocupaba la bóveda que conduce desde la plaza de la Abadía al patio. Este puesto tenia orden de dejar entrar, pero de impedir la salida, diciéndose despues que se habia situado allí para proteger el asesinato. Solo uno de aquellos diputados osó penetrar en esta bóveda. ¿Estás capsado de vivir? le dijeron los degolladores. En seguida lo condujeron á la presencia de Maillard que hizo se le entregasen los dos presos que pedia. El diputado atravesó de nuevo el patio con estos: la luz de algunas hachas de viento alumbraban las pilas de cadáveres, y los charcos de sangre: los degolladores estaban sentados en estos restos como los segadores en las gavillas, y descansaban, fumaban, comian y bebían tranquilamente. ¿Quiéres ver un corazon de aristócrata? Le dijeron estos carniceros de hombres. ¡Aqui lo tienes, míralo! Al decir esto, uno de ellos abre el cuerpo de un cadáver aun caliente, arranca el corazon, esprime la sangre en un vaso de vidrio, y se la bebe á la vista de Brisson: en seguida le presenta el vaso, y lo fuerza á mojar en él sus labios no dando paso á los presos si no á este precio. Los asesinos dejaron muchas veces su sangrienta obra, para lavarse los pies y las manos, y para acompañar á sus casas á las personas absueltas por el tribunal. Estos hombres rehusaron cuantas gratificaciones se les ofrecieron. La nacion, decian, nos paga para matar, pero no para salvar. Despues de haber entregado á un padre á su hija, y un hijo á su madre enjugaban las

lágrimas del enternecimiento, para ir á degollar de nuevo. Jamás hubo mortandad que como esta tuviese todas las apariencias de una tarea encargada. El asesinato fué en estos días un oficio mas en Paris.

XIV.

Entretanto que los carros destinados por la comision de vigilancia, conducian los cadáveres y la sangre coagulada que habia en el patio de la Abadía, treinta degolladores acechaban desde el amanecer las puertas de los Carmelitas de la calle de Vaugirard esperando la señal. La carcel de los Carmelitas, era el antiguo convento de aquellos inmensos edificios, llenos de claústros, con una buena iglesia y rodeado de patios, jardines y terrenos sin uso. Se le habia convertido en cárcel para los sacerdotes condenados á la deportacion: la gendarmería y la guardia nacional los custodiaban. Los puestos se habian disminuido espresado desde por la mañana. Los asesinos forzaron las puertas hácia las seis de la tarde, y las cerraron en cuanto estuvieron dentro. Los que principiaron la mortandad no pertenecian al pueblo, ni por su traje, ni por su language, ni por sus armas. Todos eran jóvenes bien vestidos y armados de pistolas y escopetas de caza. Cerat, joven seide de Marat y de Danton, marchaba á su cabeza. Reconocianse en estos grupos, algunas caras que habitualmente se veian en las tribunas del club de los Franciscanos, como pretores de aquellos agitadores llamados asi por alusion al convento en que tenian sus sesiones. Los hermanos rojos de Danton llevaban gorro, corbata, chaleco, y faja encarnada, simbolo significativo para acostumbrar la vista y las ideas al color de la sangre. Los directores del degüello tenian que el ascendiente

que tenia el clero sobre el pueblo bajo, contuviese á los degolladores ante unos asesinatos que reputaba sacrilegos. En esta atencion, reclutaron en las escuelas, en los sitios de disipacion y en los clubs otros ejecutores voluntarios superiores á aquellos escrúpulos, y á los cuales el aborrecimiento impulsaba al asesinato de los sacerdotes. Algunos tiros disparados en los claústros y en los jardines contra varios ancianos que se paseaban en ellos, fueron la señal del degüello. De claústro en claústro, de celda en celda, de árbol en árbol, los fugitivos caian heridos ó muertos por las balas, haciendo los asesinos rodar por las escaleras, ó tirando por las ventanas los cadáveres de los que sucumbian en las descargas.

Algunas hordas repugnantés de hombres andrajosos, de mugeres y de muchachos atraídos de los barrios de la miseria por el estampido de los tiros se agrupaban á las puertas. De cuando en cuando se abrian estas para que saliesen algunos carros llenos de cadáveres y tirados por magníficos caballos tomados en las caballerizas del rey. Estos carros atravesaban lentamente la multitud dejando en pos de sí un largo reguero de sangre. Sobre estas pilas ambulantes de cadáveres, iban sentadas mugeres y muchachos, pateando de alegría, riendo y mostrando á los que pasaban por las calles, pedazos de carne humana. La sangre corria por sus vestidos, por sus caras, y aun hasta por el pan que iban comiendo: sus bocas lividas aullaban la *Marsellesa*, deshonorando de este modo el cántico del heroísmo asociándolo al asesinato. El pueblo macilento que los seguía, repetia en coro el estribillo de aquella cancion, y bailaba alrededor de los carros como en torno de los despojos triunfales del clero y de la aristocracia vencida. El pequeño número de asesinatos, la multitud de victimas que era preciso sacrificar, la inmensidad del edificio, la estension de los jardines, las paredes y los árboles que servian de asilo á los sacerdotes, que corrian despavoridos de un lado á otro para sus-

traerse á la muerte, detuvieron la ejecucion. La proximidad de la noche iba á proteger con sus sombras á aquellos desgraciados. Los ejecutores formaron entonces un gran círculo como se hace en los ojos de las bestias feroces alrededor del jardín, y fueron estrechándolo paso á paso, obligando á sablazos á todos los eclesiásticos á que se entrasen en la iglesia, en donde los encerraron. Mientras se daba esta batida por fuera, un registro general por toda la casa, hizo que se refugiasen á la misma iglesia los sacerdotes que se habian libertado de las primeras descargas. Los asesinos condujeron en sus propios brazos á los que estaban heridos y no podian andar. Encerradas ya en este recinto las víctimas, y llamadas una á una, fueron saliendo por una puerta pequeña que daba al jardín y conducia desde allí á la escalera principal, donde fueron sacrificadas.

El arzobispo de Arlés, Dulau, el mas anciano y el mas venerable de todos estos mártires, los edificaba con su aspecto y los animaba con sus palabras. El obispo de Beauvais y el de Saintes, hermanos, y de la casa de Rochefoucauld, mas unidos aun por el corazón que por la sangre, se abrazaron, consolándose con morir juntos. Todos oraban agrupándose en el coro alrededor del altar. Los que eran llamados recibian de sus hermanos el ósculo de paz y se les decian en seguida las preces de los agonizantes. El arzobispo de Arlés fué llamado de los primeros. «¿Eres tú, le dijo un marsellés, el que ha hecho correr la sangre de los patriotas de Arlés?—¡Yo, respondió el arzobispo no he hecho mal á nadie en toda mi vida! A estas palabras el marsellés le dió un sablazo en la cara, quedando el arzobispo impasible y en pie; en seguida le dieron otro con el cual llenaron sus ojos de sangre, y al tercero cayó, sosteniéndose todavía con la mano izquierda sin proferir un gemido. El marsellés le hirió entonces con su pica, rompiéndose el asta por la violencia del golpe, y pisoteó el cadáver, ar-

rancándole acto continuo el pectoral, que mostró como un trofeo á sus compañeros.

El obispo de Beauvais estuvo abrazado al altar hasta el último momento; despues marchó hácia la puerta con tanta calma y magestad, como si estuviese en las santas ceremonias. Los demas sacerdotes le siguieron hasta el umbral en donde los bendijo. El confesor del rey, Herbert, superior de los cudistas, y uno de los que consolaron á Luis XVI en la noche del 10 de agosto, fué inmolado en seguida. A cada instante se diezaban los que se habian acogido al coro, y en toda la iglesia no habia ya mas que algunos sacerdotes sentados ó de rodillas en la grada del altar. Bien pronto no quedó mas que unosolo.

El obispo de Sainte, á quien habian roto una pierna en el jardín, estaba tendido sobre un colchon en una capilla de la iglesia. Los gendarmes de guardia lo rodearon y lo ocultaron á las miradas de los asesinos. Siendo mas numerosos que estos y estando mejor armados que ellos, pudieron haberlo defendido, pero asistieron impasibles al asesinato, entregando al obispo de Sainte como habian hecho con los otros. «Yo no rehuso morir como mi hermano, respondió el obispo cuando lo llamaron, pero tengo la pierna rota y no puedo sostenerme: ayudadme á andar é iré con alegría al suplicio.» Dos de sus asesinos lo sostuvieron pasándole los brazos alrededor del cuerpo, y cayó dándoles las gracias. Este fué el último; eran las ocho de la noche y la carniceria habia durado cuatro horas.

XV.

Los carros trasportaron ciento noventa cadáveres. Los asesinos se dispersaron y se fueron á las otras cárceles. La sed de sangre no se sacia jamás.

Esta corria ya en las nueve cárceles de París. La de la Fuerza contenia despues de la Abadía, los presos mas señalados al odio del pueblo. Habian puesto allí, los hombres y las mugeres de la corte presos el 10 de agosto. A la misma hora que Maillard constituia su tribunal en la Abadía, dos miembros del cuerpo del ayuntamiento Herbert y Lhuillier, se erigieron por si mismos en jueces soberanos de los calabozos de la Fuerza. Allí se vieron las mismas señales de premeditacion del atentado, la misma invasion de una horda de sesenta ejecutores, la misma disciplina en los asesinatos, las mismas formas en los interrogatorios y en el juicio, el mismo cuidado de lavar la sangre, los mismos carros para apilar los cuerpos, las mismas mutilaciones de cadáveres, los mismos juegos con las cabezas cortadas, la misma indiferencia feroz de los verdugos, que comieron, bebieron y bailaron sobre los miembros de las victimas: las mismas hachas de viento para alumbrarse de noche, las mismas saturnales reverberándose en los charcos de sangre; y finalmente la misma impasibilidad en la fuerza pública, que asistia y toleraba los degüellos.

Ciento sesenta cabezas rodaron en dos dias al filo de los sables y cayeron a los pies de los asesinos. Herbert y Lhuillier salvaron diez victimas, entre ellas algunas mugeres de la servidumbre de la reina. ¿A qué precio pagaron su libertad? Nadie lo vió en las manos de los jueces, pero el hacha que se descargaba sin piedad sobre las mas pobres y oscuras, libertó a las mas ilustres y ricas. Se negoció la sangre gota á gota y se hizo pagar la compasion.

Una sola de estas victimas comprada en la intencion de los jueces no pudo escapar del suplicio. Herbert y Lhuillier quisieron salvarla, pero un grito la perdió y cayó entre el tribunal y la calle. Esta victima fué la princesa de Lamballe. Esta jóven, viuda del hijo del duque de Penthièvre, era una princesa de Saboya Carignan. Su

belleza y los encantos de su alma la habian adquirido la amistad apasionada de la reina. El casto afecto de la princesa de Lamballe habia respondido á las odiosas imputaciones del pueblo, con un heroico sacrificio por su infortunada amiga: cuanto mas desgraciada era la reina tanto mas se unia á ella la princesa, poniendo todo su placer en tomar parte en sus desgracias. Petion la habia concedido que siguiese á su real amiga al Temple, pero el ayuntamiento mas implacable, la habia arrancado de los brazos de la reina encerrándola en la Fuerza. El padre político de madama Lamballe, que era el duque de Penthièvre, la adoraba como si fuese su propia hija.

XVI.

El duque de Penthièvre vivia retirado en el castillo de Bizy, en Normandía. El amor del pueblo protegía allí su acianidad. Sabia la prision de su hija y los peligros que amenazaban á las cárceles, y vigilaba de lejos por sus dias. Un comisionado secreto de su casa, provisto con una suma de cien mil escudos, fué por orden del príncipe á París, y habia sobornado á uno de los principales agentes de la municipalidad, comprando de este hombre la libertad de la princesa de Lamballe. Otros agentes inferiores, domésticos ó familiares de la casa de Penthièvre, se habian esparcido por París, encargados por el duque de contraer amistad con los hombres peligrosos que rodaban en torno de las cárceles, de insinuarse en su confianza, y de espiar el crimen y prevenirlo, tentando la codicia de los asesinos. Todas estas medidas, cuyo centro estaba en el palacio de Tolosa, perteneciente al duque, habian surtido efecto. En el ayuntamiento, como entre los jueces, y los ejecutores, se vigilaba sobre la suerte de la princesa.

Esta, compareció de las últimas ante el tribunal, habiendo dejado pasar hasta llamarla el día y la noche del 2 de setiembre, como para dar al pueblo tiempo de saciarse antes de quitarle esta presa. Encerrada sola con madama de Navarra, camarera suya, en un cuarto alto de la cárcel, oía desde allí hacia cuarenta horas el tumulto del pueblo, los golpes de los asesinos y los gemidos de los moribundos. Algunas voces que pronunciaban su nombre llegaban también á sus oídos. Estaba enferma, acostada en su cama, pasando de las convulsiones del terror al anquilamiento del sueño; despertábase sobresaltada por sueños menos atroces que los golpes de los asesinatos que resonaban bajo su ventana, y se desmayaba á cada instante. A las cuatro de la tarde dos guardias nacionales entraron en el cuarto de la princesa, ordenándola con una aspereza fingida, que se levantase y los siguiese á la Abadía. No pudiendo apenas moverse, suplicó á sus defensores que la dejaran en donde estaba, siéndole lo mismo morir allí que en otra parte. Uno de estos hombres se la acercó al oído y la dijo que era necesario obedecer y que su libertad dependía de ello. La princesa rogó entonces á los hombres que estaban en el cuarto que se retirasen, se vistió prontamente y bajó la escalera sostenida por un guardia nacional que parecía interesarse en su libertad.

Hebert y Lhuítier la esperaban. Al aspecto de aquellas figuras siniestras, de aquel aparato del crimen, de aquellos verdugos con los brazos teñidos en sangre, y que entreabrian la puerta del patio en que se oía caer las víctimas, la joven perdió el sentido cayendo en brazos de su camarera. Poco á poco fué volviendo en sí. Despues de un breve interrogatorio, «Jurad, le dijeron los jueces, amor á la igualdad y á la libertad, y aborrecimiento á los reyes y á las reinas.—Con gusto prestaré el primer juramento, respondió, pero en cuanto al aborrecimiento al rey y á la reina, yo no lo puedo jurar, por-

que mi corazón no lo permite.» Uno de los jueces se acercó á ella, y la dijo al oído. Jurad todo, sino jurais sois muerta. Ella bajó la cabeza y cerró los labios.—Bien, salid, le dijeron los asistentes, cuando lleguéis á la calle, gritad, ¡viva la nación! Uno de los gefes de los asesinos llamado Truchon ó el Gran Nicolás, sostuvo á la princesa por un lado, y uno de sus ayudantes por otro. Así apareció en el umbral de la puerta retrocediendo horrorizada al aspecto de aquellos montones de cadáveres mutilados, y olvidándose del grito salvador que la recomendaron profiriese; Dios mio, que horror! exclamó. Truchon la puso la mano en la boca, y la hizo andar por cima de los cadáveres. Los degolladores, dasarmados con esta aparicion angélica se detuvieron ante tanta belleza. Habia atravesado ya en medio de la admiracion y del silencio mas de la mitad de la calle, cuando un aprendiz de peluquero nombrado Charlot, ébrio de vino y carnicería, quiso por una chanza bárbara quitar con la punta de su pica el gorro que cubria los cabellos de madama de Lamballe: la pica, mal dirigida por una mano trémula por la embriaguez, hirió en la frente á la princesa, é hizo chorrear sangre por su frente y por su hermoso rostro,

XVII.

Los degolladores, al ver aquella sangre, creen que les devuelve la víctima, y se precipitan sobre ella. Un málvado llamado Grizon, la tendió á sus pies dándola un golpe con un palo; los sables y las picas la hieren, Charlot la agarra por los cabellos y la corta la cabeza: otros despojan el cadáver de sus vestidos, lo profanan y mutilan. Durante estos sacrilegios, Charlot, Grizon, Mamin y Rodi, la historia es el eterno registro de todos los nombres infames, llevan la cabeza de la princesa de Lamballe.

lle á una taberna inmediata, pónenla sobre el mostrador entre los vasos y las botellas, y obligan á los asistentes á brindar con ellos á la muerte. Estos bebedores de sangre marchan engrosándose continuamente hasta las puertas del Temple para consternar á Maria Antonieta con la vista de la cabeza livida de su amiga. Los comisionados del ayuntamiento que vigilaban el Temple con una diputacion de la Asamblea, advertidos de la proximidad de este tropel, le recibieron con atencion y súplicas; pero el tropel se limitó á pedir que se le dejase pasear la cabeza de la cómplice de la reina debajo de las ventanas de la familia real: los comisionados consintieron, y mientras que la multitud desfilaba por el jardin al pie de la torre habitada por los presos, el comandante del puesto, invitó al rey á que se presentase al pueblo. El rey obedeció. Un comisionado mas humano se interpuso entre el rey y la ventana á donde elevaban el horroroso trofeo. El rey, sin embargo, vió la cabeza, y la conoció. La reina, á quien el tropel llamaba á grandes gritos, ignoraba el espectáculo que se le preparaba, y se acercó á la ventana: el rey la detuvo con sus brazos llevándola al interior de sus aposentos. No la ocultaron sino la vista del suplicio de su amiga; aquella misma noche supo todos sus detalles, y conoció el aborrecimiento que la tenia el pueblo en el encarnizamiento que mostraba contra todo lo que ella queria.

XVIII.

El tropel emprendió su marcha por las calles de París, deteniéndose bajo las ventanas del Palacio Real para enseñar al duque de Orleans la cabeza de su cuñada, no como una amenaza, sino como un tributo. El duque de Orleans estaba á la mesa con madama de Buffon, su nue-

va favorita, y algunos compañeros de sus placeres, y no se atrevió á rehusar el homenaje de un crimen ofrecido en nombre del pueblo por los asesinos. El duque se levantó, se presentó en el balcon, y contempló por un momento en silencio la cabeza sangrienta que levantaban hasta él, Madama de Buffon la vió tambien. «¡Dios mio, esclamó juntando las manos y cayéndose hácia atrás, de este modo llevarán dentro de poco mi cabeza por las calles!» El duque cerró entonces la ventana esforzándose por tranquilizar á su amiga. «¡Pobre muger, dijo él hablando de la princesa, si me hubiera creído, su cabeza no estaria donde está.»

Sus enemigos lo acusaron de haber designado esta cabeza al hierro de los asesinos, y exigido que se la presentasen para saciar su venganza y satisfacer su codicia. El veía una enemiga en la querida de la reina, y heredaba por la muerte de madama de Lamballe, la cantidad que sobre los bienes del duque de Penthièvre estaba señalada á la viuda de su cuñado. Estas imputaciones desaparecen completamente ante la fria razon de la verdad. La vida de esta muger, era indiferente á su ambicion; su muerte no añadía nada á su fortuna. En la época del asesinato, el duque y la duquesa de Orleans, tenían separacion de bienes judicialmente. La viudedad de madama de Lamballe, no gravaba á los bienes futuros de la duquesa de Orleans, sino en una renta de treinta mil francos al año. Esta cantidad, era asaz insignificante para obligar al duque á pagar un asesinato y no producía ventaja al asesino. Se atribuyeron al duque de Orleans los crímenes cuya causa no sabia hallarse, consecuencia triste del mal concepto en que todo el mundo tenía á aquel príncipe. Conocióse muchas veces su mano en los estravios populares, y se creyó verla tambien en aquel asesinato; pero se creyó sin razon.

XIX.

En cuanto se hizo de noche un desconocido, que seguía con piadosas intenciones aquel tropel, compró de los asesinos, á precio de oro, la cabeza adornada aun con su larga y hermosa cabellera: lavóla para que desapareciese la sangre y el lodo que manchaban sus facciones, y colocándola en una caja de plomo se la entregó á los criados del duque de Penthièvre, para que esta parte de su hermoso cuerpo recibiese al menos sepultura en el panteon de su familia. El duque de Penthièvre esperaba angustiado la confirmacion de las noticias que el rumor público traía hasta su palacio de Bizy. Al recibir estos tristes despojos, su hija, que era esposa del duque de Orleans, y sus servidores, trataron, aunque en vano, de disimular su sentimiento para ocultar al anciano duque el conocimiento de este atentado: pero el principe leyó su desgracia en los ojos de su familia. Levantando entonces las manos al cielo: «¡Gran Dios! exclamó, ¿de qué han servido la juventud, la hermosura y todas las gracias de la muger, si no han encontrado gracia en el pueblo? ¿Qué es el pueblo?» El duque no volvió á levantarse de su lecho de lágrimas. Las honras fúnebres se celebraron en su habitacion, toda colgada de negro. «Se me figura estar oyéndola siempre, decía á su hija en las últimas conversaciones que tuvo con ella, creo verla aun, sentada al lado de la ventana en ese gabinete. ¿Te acuerdas, hija mia, con qué constancia trabajaba noche y dia en labores de su sexo para los pobres? He pasado muchos años con ella, y no he conocido un pensamiento en su alma que no fuese dirigido á la reina, á mí ó á los desgraciados: ¡y este es el ángel que han hecho pedazos! ¡Ah! ¡conozco que esta idea abre mi sepulcro!» En efecto, murió sin tener un momento de consuelo.

XX.

El Chatelet y la Consergeria, en donde encerraban á los acusados de delitos ó crímenes civiles, y en cuyos edificios, por no ser suficientes las cárceles, habian puesto á los suizos y á los realistas, fueron visitadas al otro dia por los esterminadores de la Abadía y de la Fuerza. El ayuntamiento habia cuidado de estraer de allí doscientos presos por deudas ó por otros delitos insignificantes, no dejando espuestas mas que á las víctimas culpables a sus ojos y sacrificadas con anticipacion á los azares de esta jornada. El degüello comenzó allí en la mañana del 3 de setiembre. El tribunal establecido para juzgar los *crímenes* del 10 de agosto tenia sus sesiones en el palacio, á pocos pasos del lugar de la ejecucion. Los degolladores estaban impacientes y no esperaron sus fallos, demasiado lentos. La muerte se adelantó á los juicios, y la pica juzgó en masa. Ochenta cadáveres cubrieron en pocos minutos el patio del palacio. Durante este tiempo el tribunal juzgaba aun. El mayor Bachmann, segundo gefe de los suizos en el 10 de agosto, fué llamado por los jueces. Los asesinos lo encontraron en la escalera que conducia desde la cárcel al pretorio, y le respetaron en su calidad de victima de la ley. En cinco minutos fué condenado á muerte y habia subido á la carreta que debia conducirlo al suplicio. Puesto en ella en pie, con la cabeza erguida y la vista serena, y marcialmente cubierto con la capa roja de su uniforme, como un soldado que descansa en el vivac, conservó al frente de la muerte toda la dignidad del mando. Desde aquel sitio dirigia miradas de desden á la multitud sanguinaria que se agitaba junto á la carreta pidiendo su cabeza. La carreta atravesó lentamente el patio en que el pueblo inmolvaba á sus compatriotas y á sus amigos. Bachmann no se en-

terneció sino por ellos. Los soldados que aun esperaban su turno para morir, se inclinaron respetuosamente al paso de su jefe, reconociendo su mando hasta en la muerte. El verdugo que lo conducía fué su salvaguardia para impedir que lo asesinasen, y no lo dejaron sino á condición de ir al cadalso. Este fué su campo de batalla en aquel día, subió á él y murió como un soldado.

Doscientos veinte cadáveres en el Gran Chatelet, y doscientos ochenta y nueve en la Consergeria, fueron despedazados por los *trabajadores*. Los asesinos, harto escasos para tanta tarea, libertaron á los que estaban presos por robos, á condición de que se habian de unir á ellos. Estos hombres rescataron sus vidas con un crimen inmolando á sus compañeros de prision; mas de la mitad de los presos murieron asesinados por la otra mitad. Un armero jóven de la calle Sainte-Avoie, preso por una ligera causa y señalado por su estatura y su fuerza, recibió de este modo la libertad con la condición de poner su brazo á disposición de los degolladores. El amor instintivo de la vida le obligó á aceptarla á este precio: aun dudaba y dió algunos golpes poco seguros, pero volviendo en sí de pronto á la vista de la sangre, y rechazando el instrumento de muerte que habian puesto en sus manos: «¡No, no! exclamó, ¡antes víctima que verdugo! Prefiero recibir la muerte de mano de unos malvados como vosotros, á dársela á inocentes desarmados. ¡Heridme!» Al decir esto cae, borrando voluntariamente con su sangre la que acababa de derramar.

De Espremenil, reconocido y auxiliado por un guardia nacional de Burdeos, fué el único preso que se libró de los asesinatos del Chatelet, evadiéndose con el sable teñido en sangre y vestido con la ropa de un degollador: la noche, el desórden y la embriaguez, hicieron confundir la víctima con sus asesinos. Se hundió hasta los tobillos en el fango rojo de esta carniceria y en la fuente de Maubué, pasó mas de una hora lavando sus zapatos

y sus vestidos para no espantar á los dueños de la casa á donde fué á pedir asilo.

En esta cárcel se anticipó el suplicio de muchos acusados ó condenados á muerte por crímenes civiles. De este número fué el abate Bardi, acusado de haber asesinado á su propio hermano. Hombre de una estatura extraordinaria y de una energía salvaje, luchó mas de media hora contra sus verdugos, ahogando á dos bajo sus rodillas.

Una jóven de admirable belleza, conocida con el nombre de la *Bella Ramilletera*, acusada de haber herido en un acceso de celos á su amante, debia ser juzgada dentro de pocos dias. Los asesinos, entre los que se encontraban algunos vengadores de su víctima y otros instigadores animados por su rival, se adelantaron al verdugo. Lambertina de Mericourt desplegó toda la crueldad de su carácter para hacer mas horroroso este suplicio. Alaron á la ramilletera desnuda á un palo con las piernas abiertas y los pies clavados en el suelo, y con haces de paja encendidos quemaron el cuerpo de la víctima. La cortaron los pechos á sablazos, y poniendo candentes los hierros de las picas las hincaron en sus carnes. Empalada, en fin, con estos hierros ardiendo, sus gritos se oían al otro lado del Sena, llenando de horror á los habitantes de la orilla opuesta. Unas cincuenta mugeres libertadas de la Consergeria por los matadores, ejecutaron este suplicio superando á los hombres en ferocidad.

Los quinientos setenta y cinco cadáveres del Chatelet y de la Consergeria, fueron apilados en montones sobre el Puente de los Cambios. Por la noche una porcion de muchachos, familiarizados hacia tres dias con el degüello y hechos ya á jugar con los cadáveres, encendieron unas hogueras á la inmediacion de estos montones de cadáveres y bailaron la Carmañola alrededor de ellos. La Marsellesa fué tambien cantada en coro por voces mas varoniles, resonando á la misma hora en los puestos y en las

puertas de todas las cárceles. Los reverberos, las candilejas y las hachas de viento, mezclaban sus pálidos resplandores á los rayos de la luna que alumbraba aquellas pilas de cuerpos, aquellas cabezas cortadas, aquellos troncos destrozados y aquellos charcos de sangre. Durante esta misma noche, Hanriot, estafador y espía en la época de los reyes, y asesino y verdugo en la del pueblo, puesto á la cabeza de una banda de veinte ó treinta hombres, dirigió y ejecutó el degüello de noventa y dos sacerdotes en el seminario de San Fermin. Los satélites de Hanriot, persiguiendo á los sacerdotes en los corredores y en las celdas, los arrojaban vivos por las ventanas sobre un rastrillo de picas, asadores y bayonetas, que los atravesaban en su caída. Algunas mugeres á quienes los degolladores dejaban este placer, los acababan á palos arrojándolos al arroyo. Lo mismo sucedió en el claustro de los Bernardinos.

Pero ya las víctimas faltaban en París á la sed de sangre que habian encendido aquellas noventa y dos horas de carnicería; las cárceles estaban vacías, y Hanriot y los ejecutores de estas maldades, en número de mas de doscientos, reforzados por los malhechores que habian reclutado en las cárceles, se trasladaron á Bicetre con siete cañones que el ayuntamiento les dejó impunemente llevar.

Es Bicetre una vasta cloaca donde se reúne todo el vicio del reino para purificar la poblacion de locos, mendigos y criminales incorregibles que contenia entonces unos tres mil quinientos presos. Su sangre no tenia color político, pero pura é impura, al fin era sangre. Los degolladores forzaron las puertas de Bicetre, derribaron los calabozos á cañonazos, arrancaron los presos é hicieron una carnicería que duró cinco dias con sus noches. El agua, el hierro y el fuego, sirvieron para esterminar á sus moradores.

Los unos fueron inundados ó ahogados en los sub-

terráneos en donde habian buscado un asilo, los otros despedazados á sablazos, y el resto ametrallado en los patios. Culpables ó inocentes, enfermos ó sanos, vagabundos ó indigentes, todos, hasta los insensatos á quienes esta casa servia de hospicio, fueron inmolados sin distincion. El mayordomo, los capellanes, los conserges, y hasta los escribientes de la administracion, fueron comprendidos en la matanza general. En vano el ayuntamiento envió allí varios comisionados; en vano el mismo Petion fué á arengar á los asesinos; estos apenas suspendieron su obra para escuchar las amonestaciones del corregidor. A palabras sin fuerza el pueblo no presta sino un respeto sin obediencia. Los degolladores no se detuvieron sino delante del vacío. Al otro dia la misma banda de cerca de doscientos hombres armados de fusiles, picas, hachas y garrotes, invadió el hospital de la Saliteria que no encerraba mas que mugeres perdidas; sitio de correccion para las viejas, de curacion para las jóvenes y de asilo para las que tocaban aun á la infancia. Despues de haber asesinado á treinta y cinco mugeres de las de mayor edad, forzaron los dormitorios de las otras, obligándolas á saciar su brutalidad, degollando á las que se resistian y se llevaron en triunfo con ellos niñas de diez á doce años, presa inmunda de la relajacion adquirida con la sangre.

XXI.

Mientras que estas proscripciones consternaban á París la Asamblea enviaba inútilmente sus comisionados para arengar al pueblo á las puertas de las cárceles. Los degolladores no suspendian su trabajo ni aun para oír aquellos discursos oficiales. Las palabras de justicia y de humanidad no encontraban eco en el corazón de aquellas fieras ébrias de aguardiente y de sangre. En vano el mi-